

CAPITULO XVI

DEUDAS PÚBLICAS Y CONTRIBUCIONES INDIRECTAS

Cuanto más lo examinamos, más claramente vemos que las desgracias públicas y las corrupciones del gobierno derivan de la negligencia ó el desprecio de los derechos naturales del hombre. Que á pesar de los progresos de la civilización, Europa es hoy día un vasto campo y las energías de la parte más avanzada del género humano están dondequiera gravadas por impuestos tan onerosos para pagar los preparativos ó los gastos de guerra, que se deben á grandes inventos: la de las contribuciones indirectas y la de la deuda pública.

Ambos recursos, por los cuales se mantienen las tiranías, se corrompen los gobiernos y se roba á la plebe, derivan históricamente de la monopolización de la tierra, y niegan directamente los derechos naturales del hombre. Bajo el sistema feudal, la mayor parte de los gastos públicos eran costeados con la renta de la tierra, y los poseedores de la tierra tenían que ir á la guerra ó pagar su coste. Si este sistema hubiera continuado, Inglaterra, por ejemplo, no tendría hoy deuda pública. Y puede decirse, con seguridad, que sus habitantes y el mundo entero se hubiera ahorrado esas innecesarias y crueles guerras en que se

ha derrochado, en los tiempos modernos, la sangre y el tesoro inglés. Pero con la institución de las contribuciones indirectas y de las deudas públicas, los grandes terratenientes se veían en la posibilidad de imponer en definitiva al pueblo las cargas que constituían la condición bajo la que poseían sus tierras, y á imponerlas de tal manera, que aquéllos en los cuales se apoyaban, aunque sintiesen la opresión, no pudiesen decir de dónde venía. Así, la posesión de la tierra se transformó pérfidamente, de un depósito, en una propiedad individual, y las grandes masas fueron despojadas del primero y más importante de los derechos del hombre.

La institución de las deudas públicas, como la institución de la propiedad privada de la tierra, se basa en la suposición absurda de que una generación puede dejar obligada á otra generación. Si un hombre se llegase á mí y dijese: «Aquí hay un pagaré que vuestro bisabuelo dió á mi bisabuelo y que usted está obligado á pagarme», yo me reiría de él y le diría que si quería recoger su pagaré mejor buscaba al hombre que lo firmó; que yo no tenía nada que ver con las promesas de mi bisabuelo. Y si insistía en el pago y llamaba mi atención sobre las condiciones del vale en que mi bisabuelo estipulaba expresamente con su bisabuelo que yo le pagaría, me reiría más con la seguridad de que aquel hombre era un lunático. A una exigencia así, cualquiera de nosotros replicaría, en efecto: «Mi bisabuelo era, indudablemente, un bellaco ó un bromista, y su bisabuelo de usted era, seguramente, un loco, cualidad que usted ha heredado, ya que espera que yo le pague á usted dinero porque mi bisabuelo prometió que lo haría así. Lo mismo hubiera sido que su bisabuelo girara sobre Adán ó extendiese un cheque sobre el primer Banco Nacional de la Luna.»

A pesar de todo, esta suposición de que los antepasados pueden dejar obligados á los descendientes, de que una generación puede legislar á otra generación, sigue formando la presunta validez de nuestros títulos de terreno y deudas públicas. Si fuese posible pronosticar el futuro por el presente, y por los que ahora viven vislumbrar la riqueza que han de crear los que están por venir, no habría poder más peligroso ni de que más seguramente se abusase; y ninguno que implicase en su ejercicio un desprecio más flagrante de los naturales é inalienables derechos del hombre. Pero no tenemos tal poder y no hay invención posible por la cual podamos conseguirlo. Cuando hablamos de invitar á las generaciones futuras á pagar su parte en los costes y tributos de la presente, imponiéndoles una cuota en los gastos, nos tomamos la libertad de suponer que ellos considerarán que se hizo en beneficio suyo tanto como en el nuestro, y llevamos la metáfora á lo absurdo. Las deudas públicas no son recursos para pronosticar el futuro, para obligar á los que han de venir á tomar una parte en los gastos que una generación actual puede contraer. Eso es, naturalmente, un imposible físico. Son únicamente estratagemas para obtener actualmente el predominio de la riqueza, prometiendo que se hará en lo futuro una determinada distribución de riqueza; estratagemas con las cuales los poseedores de la riqueza existente son inducidos á entregarla bajo la promesa, no sólo de que otras personas serán gravadas con impuestos para que les paguen, sino de que los hijos de otras personas serán gravados con impuestos en beneficio de los hijos de aquellos que ahora pagan, ó de los hijos de sus cesionarios. Los que tienen las riendas de los gobiernos, se ponen así en estado de conseguir

sumas que no podrían conseguir por la contribución inmediata sin excitar la indignación y la resistencia de los que harían esa resistencia más eficaz. Así, los tiranos se ponen en condiciones de mantenerse en el poder, y se fomentan la extravagancia y la corrupción. Si pueden señalarse algunos casos en que la facultad de imponer deudas públicas ha sido, en cierto modo, beneficiosa, son nada comparados con los casos en que los efectos fueron nocivos.

Las deudas públicas de las cuales más puede decirse esto son las contraídas con el fin de hacer mejoras públicas: aunque se sabe demasiado para que exija explicación cuántas extravagancias y corrupciones ha engendrado en los Estados Unidos la facultad de imponer deudas públicas, hasta el punto de haber provocado en algunos Estados restricciones constitucionales. Hasta las deudas cuasi-públicas de los ferrocarriles y otras compañías así han llevado igualmente á la extravagancia y corrupción, que han empañado todos los buenos resultados con ellas concebidos. Por lo que toca á las grandes deudas nacionales del mundo, contraídas como han sido con fines de tiranía y guerra, es imposible ver en ellas nada más que mal. De todas esas grandes deudas nacionales, la de los Estados Unidos sufriría mejor el análisis; pero no hay excepción.

Como he dicho antes, la riqueza gastada en promover la guerra no venía del extranjero ó del futuro, sino de la riqueza existente en los estados bajo la bandera nacional, y si, cuando llamamos á los hombres para morir por su patria, no hubiésemos vacilado en coger, si fuese necesario, novecientos noventa y nueve mil duros á cada millonario, no necesitábamos haber creado ninguna deuda. Pero en vez de eso, los tribu-

tos que impusimos fueron tan pesados que recayeron sobre el pobre más que sobre el rico, y establecen incidentalmente monopolios por los cuales el rico se aprovecha no poco del pobre. Y entonces, cuando se necesita todavía más riqueza, en vez de cogerla á los que la tienen, decimos á los ricos que si de buen grado permiten que la nación emplee algo de su riqueza la haría más provechosa para ellos garantizándoles el uso de la facultad de imponer contribuciones para que se les restituya con intereses. Y la hacemos útil con una venganza. No sólo les devolvemos por la institución del Banco Nacional los nueve décimos de mucho del dinero así prestado mientras continuamos pagando intereses sobre toda la suma, sino que hasta cuando no se requería por la firma del vale ni por la equidad de las circunstancias hacíamos pagadera en oro la deuda contraída. La consecuencia de este método de sostener la guerra fué hacer al rico más rico en vez de más pobre. La era de las fortunas monstruosas en los Estados Unidos data de la guerra.

Mas si esto puede decirse de la deuda de los Estados Unidos, ¿qué se dirá de otras deudas nacionales! Al pagar interés sobre la enorme deuda nacional, ¿qué está pagando el pueblo de Inglaterra? Está pagando interés sobre las sumas derrochadas ó transferidas por tiranos libertinos y oligarquías corrompidas de las pasadas generaciones; sobre concesiones hechas á los cortesanos, espías, parásitos y traidores á la libertad de su patria; sobre sumas pedidas en préstamo para corromper legislaturas y organizar guerras que iban contra sus propias libertades y contra las libertades de otros pueblos. Por los hessianos asalariados, por los indios armados, por los ejércitos y flotas enviadas á someter las colonias americanas, con el objeto de

partir en dos lo que era una gran nación confederada; por lo que cuesta pisotear al pueblo irlandés é infligirle heridas que aún están enconadas; por las enormes sumas gastadas en esforzarse por mantener en el continente europeo la blasfemia del derecho divino; por los gastos hechos para llevar la rapiña á pueblos inofensivos en las cuatro cuartas partes del globo, se ven hoy día los ingleses cargados de tributos. No se trata de suplicar á un hombre que pague una deuda contraída por su bisabuelo; se trata de suplicarle que pague la soga con que su bisabuelo fué ahorcado ó los haces de leña con que fué quemado.

La llamada deuda egipcia que el poder de Inglaterra ha creado hace poco es un ejemplo de expoliación todavía más flagrante. El último khedive no fué más que un ladrón árabe, que vivía merodeando por su país y saqueando á sus habitantes. Todo lo que adquiría reduciéndolo á la inanición y á la desnudez no satisfizo su insensato y bárbaro libertinaje; y entonces los agiotistas europeos, acudiendo á la presunta santidad de las deudas nacionales, le ofrecieron dinero en los términos más usurarios. El dinero se gastó con el desenfreno más salvaje en *harems*, palacios, *yachts*, diamantes, regalos y festines; y para arrancar por la extorsión intereses sobre este dinero á los *fellahs* abrumados por la pobreza, la cristiana Inglaterra envía escuadras y ejércitos á matar y quemar, y con su autoridad mantiene la tiranía y libertinaje de un muñeco *khedival* á costa del pueblo egipcio.

Así, la estrategia de las deudas públicas permite á los tiranos consolidarse, y á los aventureros que arrebatan el poder desafiar al pueblo. Permite que se originen grandes despilfarros, acallando y hasta convirtiendo en auxilio la oposición de los que, de otro

modo, se opondrían á esos gastos con más energía y fuerza. A no ser por la habilidad de los gobernantes para contraer deudas públicas, nunca se hubieran sostenido las nueve décimas partes de las guerras del Cristianismo durante los dos pasados siglos. La destrucción de la riqueza y el derramamiento de sangre; la agonía de madres, esposas é hijos no puede rescatarse; mas á todo esto debe añadirse los gastos, las pérdidas y la desmoralización causada por los constantes preparativos de guerra.

Y no acaban con el coste de la guerra y de los preparativos de guerra, ni con las corrupciones que tan enormes despilfarros producen, las desgracias públicas y las corrupciones del gobierno que derivan de la ignorancia y negligencia de los derechos humanos implicados en el reconocimiento de las deudas públicas. Las pasiones excitadas por la guerra, los odios nacionales, el culto de la gloria militar, la sed de victoria ó venganza, embotan la conciencia pública, pervierten los mejores instintos sociales, convirtiéndolos en esa mezquina é irracional expansión del egoísmo llamada patriotismo; amortiguan el amor á la libertad é inducen á los hombres á someterse á la tiranía y á la usurpación por el salvaje deseo de cortar el pescuezo de otros hombres, ó por el miedo de que les corten el suyo. ¡De tal modo pervierten las nociones religiosas, que los declarados discípulos de Cristo bendicen en su nombre las banderas del asesinato y de la rapiña, y dan gracias al Príncipe de la paz por las victorias que pueblan la tierra de cadáveres mutilados, y llevan el duelo á los corazones!

Y no acaba aquí el mal. Guillermo Vanderbilt, con sus cuarenta millones de pagarés registrados, declara que no debe suprimirse la deuda nacional; que, por el

contrario, debe aumentarse, porque da estabilidad al gobierno: «pues todo hombre que adquiere un vale se convierte en un ciudadano leal y amante (1)». Vanderbilt expresa la opinión universal de los de su clase. No eran ciudadanos leales y amantes con sus vales en el bolsillo los que originaron la guerra civil ó cualquier otra guerra; pero la posesión de un vale tiende á hacer un hombre leal y amante para todo el que coge las riendas del gobierno y continúa sacando cupones. Una gran deuda pública crea un gran interés de dinero, que necesita «gobierno enérgico», y teme el cambio, y así se forma un elemento poderoso con el cual puede siempre contar el gobierno corrompido y tiránico para oponerse al pueblo. Ya en los Estados Unidos podemos ver la desmoralización de esta influencia, mientras que en Europa, donde hubo manifestaciones más sorprendentes, es el sostén de la tiranía y el obstáculo más fuerte para las reformas políticas.

Tomás Jefferson estaba en lo cierto cuando, como deducción de «la verdad por sí misma evidente de que la tierra pertenece en usufructo al vivo», declaró que una generación no podía obligarse por las leyes ó por las deudas de sus predecesores, y, como decía este hombre, que fué el espíritu más amplio de los patriotas americanos y el mayor de los políticos americanos, las medidas que den eficacia práctica parecerán más saludables cuanto más se consideran. Las contribuciones indirectas, el otro recurso por el cual se sangra al pueblo sin que lo sienta, y se soborna y acalla á los que pudieran hacer resistencia más eficaz á la extravagancia y á la corrupción, es un invento por el cual

(1) Interview en el *Times*, de New-York.

se imponen de tal manera los tributos, que los que pagan directamente pueden recaudarlos, á su vez, de otros, y recaudarlos, por lo general, con ganancia, á precios subidos. Los que pagan directamente los impuestos, y—esto es todavía más importante—los que desean precios elevados, se interesan de ese modo en la imposición y conservación de las contribuciones, mientras que aquellos sobre quienes en definitiva recae el peso no lo sienten.

Los efectos corruptores de las contribuciones indirectas son palpables doquiera que á ellas se ha recurrido, pero en ninguna parte más palpables que en los Estados Unidos. Desde la guerra, el gran esfuerzo de nuestro gobierno nacional no ha sido reducir las contribuciones, sino encontrar excusas para el impuesto de guerra. Así se ha fomentado la más corruptora extravagancia en todos los departamentos de la administración y se han practicado todos los esfuerzos posibles para aumentar los gastos. Hemos sustituido deliberadamente una moneda corriente de mucho coste por una barata; hemos aumentado adrede el coste del pago de la deuda pública; mantenemos una escuadra costosa, que no empleamos para nada, y que, en caso de guerra, de nada nos serviría, y un ejército doce veces mayor y quince veces más costoso de lo que necesitamos. Estamos sacando plata de ciertos agujeros en el suelo de Nevada y Colorado y escondiéndola en otros agujeros en el suelo de Washington, New-York y San Francisco, donde no es más útil. Estamos gastando enormes sumas en «reformas públicas» innecesarias y estamos pagando pensiones apoyados en una ley que parece forjada para dar un premio al fraude y consumir el dinero público. Y, á pesar de todo, la gran cuestión en el Congreso es que se ha de

hacer con el *superávit*. Cualquier proyecto para reducir las contribuciones excita la más viva oposición por parte de los que se aprovechan ó imaginan aprovecharse de la imposición de estas contribuciones y se convierte el Congreso en un gallinero tumultuoso que suplica, insulta y soborna para protestar *contra* la reducción de las contribuciones, insistiendo todos los interesados en que, aunque se reduzca cualquier impuesto, debe dejarse intacto el suyo. Este clamor de los intereses especiales por la continuación de las contribuciones indirectas puede darnos alguna idea de cuánto mayores son las sumas que estas contribuciones arrancan al pueblo que las que reeditúan al Tesoro. Pero es sólo una idea ligera; porque, además de lo que cobra el gobierno y de lo que interceptan los intereses privados, hay la pérdida y el gasto causado por las restricciones artificiales y las dificultades que este sistema de contribuciones indirectas crea á la producción y el cambio y que indiscutiblemente montan más que los otros dos artículos.

El coste de este sistema que puede medirse en dinero es, no obstante, de poca importancia comparado con el efecto que produce corrompiendo el gobierno, envileciendo la moral pública y ahogando las ideas del pueblo. Lo primero que se invita á hacer á todo hombre cuando llega á esta «tierra de la libertad» es prestar un juramento; lo segundo es sobornar á un empleado de la Administración de Aduanas. Y así sucesivamente, por todas las arterias del cuerpo político y todas fibras del espíritu público, corre el ponzoñoso virus. La ley se desprecia, haciendo de acciones que no son crímenes en moral, crímenes en ley; se da á los despreocupados la ventaja sobre los escrupulosos; se vende á los votantes; se corrompe á los

oficiales; la prensa se entrega al desenfreno, y la persistente invocación de estos intereses egoístas ha ofuscado tanto el espíritu popular, que un gran número—me inclino á creer que una gran mayoría—del pueblo americano cree actualmente ¡que esas contribuciones le rinden grandes beneficios!

Enumerar detalladamente las desgracias públicas y las corrupciones del gobierno que derivan de este vicioso sistema de contribuciones ocuparía más espacio del que aquí puedo dedicar al asunto. Pero lo que deseo especialmente indicar es que, lo mismo que los males causados por las deudas públicas, éstos son debidos, en último resultado, á la «ignorancia, negligencia ó desprecio de los derechos humanos». Desde el momento en que todos los ciudadanos pueden ser invitados á tomar parte en todos los gastos del gobierno, es manifiestamente una infracción de los derechos naturales servirse de la facultad de imponer tributos para dar á un ciudadano ventaja sobre otro, arrancarle algo de los productos de su trabajo para aumentar las ganancias de otros y castigar como crímenes acciones que en sí mismas no son ofensivas.

CAPITULO XVII

LAS FUNCIONES DEL GOBIERNO

Para impedir que el gobierno se haga corrompido y tiránico, su organización y sus métodos deben ser lo más sencillos posible, sus funciones deben restringirse á las necesarias para el bienestar común, y en todas sus partes debe mantenerse, lo más unido que pueda, al pueblo y estar directamente bajo su autoridad. Hemos ignorado de muchas maneras estos principios, y el resultado ha sido la corrupción y la desmoralización, la pérdida de la autoridad, por parte del pueblo, y las violencias del gobierno en beneficio de los pocos y para expoliación de los muchos. El plan de reforma, por una parte, al menos, radica en la simplificación.

El primero y principal objeto del gobierno está admirablemente señalado en ese gran documento que los americanos tanto honramos y tanto ignoramos: la Declaración de Independencia. Es asegurar á los hombres esos derechos iguales é inalienables de que el Creador les ha dotado. Más adelante demostraré cómo la adopción de los únicos medios por los cuales, en la sociedad civilizada y progresiva, puede asegurarse el primero de estos derechos inalienables—el derecho igual á cultivar la tierra—simplificará al